

SUMARIO

Clarificación de conceptos, por J. Jimeno de Lerma.—Madrid, por C. Rodríguez.—Charla de las charlas, por M. Soriano Fuertes.—Los sapos músicos, por Salvador Rueda.—Un voto en contra, por A. Sánchez Pérez.—La destreza en España, por Espinosa y Quesada.—Desde el Boulevard, por Ricardo Blasco.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.—Libros nuevos.

ACLARACION DE CONCEPTOS

Tratándose de persona tan insigne como el maestro Chapi, á quien si por amigo y compañero aprecio sinceramente no menos le admito y alabo en su calidad de artista, no cabe dudar que me es altamente satisfactorio cuanto ceda en hora de su merecida fama. Así, pues, lei con verdadero júbilo el trabajo que dedicó á su obra los *Gnomos de la Alhambra* el reputado crítico musical Sr. Peña y Goñi en LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, perteneciente á la noche del sábado 10 del corriente mes, dando por cierto, desde luego, que habian de ser justificadísimos los elogios que de la composición se anticipaban en el escrito, pues que se referian al autor de más altos vuelos con que, en mi humilde sentir, hoy contamos para el género teatral á que constantemente consagra sus aplaudidos trabajos musicales, y los prodigaba un crítico cuyo ingenio y claro criterio es á diario celebrado por el público.

Como para forjar esta opinión procuré no poner en ningún platillo de la balanza el peso de las simpatías, ni los lazos de la amistad con que me honran ambos señores, no se extrañará, pues, que encontrase en el referido escrito algún concepto, que tal vez sea ser erróneos en el fondo, pudiera por la forma de su expresión, conducir al público á error en materia de grande trascendencia artística.

Copiando el Sr. Peña, en su escrito, una carta del maestro Chapi, de la que confieso suprimir algunos párrafos, inserta el siguiente, que está relacionado con el envío de la partitura de los *Gnomos* al concurso musical de Granada: «Si el jurado pide fugas y contrapuntos de sacristía, estoy excluido.»

No se puede desconocer que de estas palabras del Sr. Chapi resulta algo depresivo para el arte docente y para la manifestación del género religioso, aun contra la intención del famoso compositor que las produjo y del popular crítico que las patrocinó; intención que con fundados motivos se debe asegurar no es la que se desprende del párrafo mencionado.

Sin la autoridad que ante el público representan los nombres de mis queridos compañeros los Sres. Chapi y Peña, el dicho en cuestión solo sería un lapsus, sin importancia, que al correr de la pluma á todos se nos escapa en el seno privado de las confidencias y de la amistad; pero con lo que significan hoy esos nombres en nuestra patria; con las corrientes tan en voga, por desgracia, de que despreciando reglas y cánones escolares se puede alcanzar todo y llegar á todas partes; y, por último, con el hábito funesto que se vá implantando de quitar toda importancia á las manifestaciones del arte religioso, las palabras en cuestión, que el articulista no ha querido que figuren entre las suprimidas, pudieran, según ya llevo indicado, servir de apoyo á la propagación de errores trascendentales.

Conviene, pues, aclarar conceptos, y aunque, por razones que no son del caso, yo me crea el menos autorizado para hacerlo, como es muy probable que otros no se ocupen de ello, intentaré verificarlo en brevísimas palabras, consignando hechos incontrovertibles que las den aquella fuerza de que han de carecer si se atiende solo á su procedencia.

El maestro Chapi que tan á fondo ha estudiado el contrapunto y la fuga, y que les dá el adecuado empleo que les corresponde aun dentro de las muchas obras teatrales (no las de sacristía) que con aplauso no interrumpido ha producido su fecundo ingenio, sabe perfectamente que al estudio de esas materias unidas á la inspiración, que únicamente de Dios procede, debe la sólida reputación de que hoy goza, y que no han alcanzado ni alcanzarán otros compositores de imaginación rica y expansiva, y por tanto muy aplaudidos por el público, pero cuya fama

será breve precisamente por desconocer el contrapunto y la fuga.

Sabe igualmente que la aplicación de estas materias, que forman la técnica del arte, se ha hecho por todos los maestros antiguos y modernos, lo mismo en obras de importancia destinadas al templo, que en las dedicadas al teatro ó al salón de conciertos; y que por consecuencia no es admisible el término de *fugas y contrapuntos de sacristía*, en un género que precisamente aparece el menos susceptible, por punto general, de marcar la línea de lo religioso y aquello que no lo es. Sabe asimismo que del arte músico consagrado á la Iglesia ha nacido el arte lírico dramático (á que tantos aplausos debe el autor de *La Tempes-tad*) y después el instrumental, géneros que son el encanto de las sociedades modernas y que tantos gozes purísimos nos proporcionan á todos.

Conoce también que los más eminentes maestros desde remotas épocas hasta nuestros días lograron no poca parte de la inmortalidad de su nombre merced á composiciones de carácter religioso; y los que han compartido sus triunfos entre las del templo, las del teatro ó las del salón, ó los que han hecho sus trabajos solamente para algunos de estos lugares, emplearon las fugas y contrapuntos de... música, que son en música los únicos aceptados. Ahora, si para calificar de malo á un orador sagrado, forense ó parlamentario, se le quiere llamar orador de campanario, llámese á todo mal músico (y no escaseen dentro y fuera de las sacristías) músico de campanario ó de sacristía, aunque no haya compuesto ni una nota para el templo, ni haya entrado jamás en la iglesia á rezar un *Padre Nuestro*.

Así, pues, el maestro Chapi, que teórica y prácticamente comprende la importancia que entrañan las materias del contrapunto y la fuga... sea adjetivos; que con sus mismas obras nos ha probado que estas materias no excluyen los rasgos de inspiración, la cual se revela si el compositor cuenta con ella en todos los momentos y en todos los géneros de la manifestación musical, no ha querido seguramente decir en el párrafo que ha dado lugar á estas líneas, lo que del mismo parece desprenderse, y que no pocas personas de más claro entendimiento que el mío y con las que he consultado á este propósito, han entendido de igual modo; sino que puede afirmarse sin presumir de adivino, que la intención del escrito fué manifestar que al componer su obra los *Gnomos de la Alhambra*, se dejó llevar única y exclusivamente de su ingenio, sin apreciar idea alguna preconcebida de aparecer ante el jurado que había de examinarlo como docto compositor en locuciones técnicas ó escolares.

No creo hallarme tampoco muy apartado de lo cierto si apunto la persuasión de que en tal sentido estimó las frases, al darlas cabida en su trabajo literario, el ilustrado crítico señor Peña y Goñi, puesto que teóricamente conoce éste, tan bien como cualquier maestro; la entidad de las materias artísticas á que mi compañero Chapi aludió con sus palabras. Seguro estoy de que conoce igualmente la exactitud de los hechos que llevo consignados y la importancia del arte músico-religioso, que por el objeto á que se destina, por su universalidad y por su historia ha sido, es y seguirá siendo la manifestación más elevada dentro del arte de los sonidos, no obstante sus épocas de decadencia (creo á la actual una de ellas) del género religioso. En ellas, los escasos cultivadores dignos de su significación, se ven privados de honra y provecho, y en recompensa de su abnegación y platonismo católico ó artístico, sería en mi sentir crueldad inaudita pagarles con un menosprecio el más injustificado, llamándoles como se les ha llamado repetidas veces, matemáticos si escriben fugas, cánones ó contrapuntos en sus obras, y poco doctos ó profanos si prescinden de estos procedimientos. Y aunque después de todo, yo sea apóstol contra la aparición de tales procedimientos escolar y sistemáticamente considerados, en las obras que el público ha de escuchar, incluso las consagradas al culto divino, no dejo de comprender que obedecen á un criterio científico más aceptable que el que se revela en muchas composiciones modernísimas, que precedidas de nombre nos envían de extrañas tierras, y en las que si se aparentan recursos científicos, no se las halla, ni con telescopio, los caracteres del *quid divinum* artístico.

Por último, si mis buenos amigos los Sres. Chapi y Peña y Goñi, no ven en las palabras del primero lo que yo he juzgado que el público puede traer de ellas, ni lo que me amistosa y

artísticamente pensando he intentado interpretar como pensamiento de aquellos, sino que por el contrario han querido decir con las frases *fugas y contrapuntos de sacristía* (de sentido anfibológico y aun quizás incisivo) que estos estudios superiores de la composición deben, como superiores, consagrarse en absoluto ó muy principalmente al Ser Supremo del Universo, confieso que idea tan mística es en la que menos me he fijado, y pido á mis apreciables compañeros dispensen mi ingercencia en un asunto en que me guía solo el interés del arte músico religioso, á que por tradición y nombre estoy en el deber de profesar tanto cariño como respeto.

ILDEPONSO JIMENO DE LERMA.

MADRID

EL ARBOLADO

Por fortuna, la idea de aumentar el arbolado tiene hace ya tiempo de su parte á la opinión, y no es preciso detenerme á encarecer sus ventajas. Lo mismo los hombres más eminentes de la ciencia que los más profanos se hallan en este asunto en una conformidad poco frecuente y reconocen los beneficios indiscutibles que reportan las plantaciones de árboles á la salud pública.

No se puede hablar de higiene en Madrid, no puede hablarse de salubridad, sin recordar la aridez de las inmediaciones y la necesidad de que esa aridez desaparezca.

Tanto se ha dicho y tanto se ha escrito sobre este tema, que no es fácil decir nada nuevo, y sería, por otra parte, perder el tiempo, predicando á convencidos.

La vegetación de los alrededores de las grandes capitales, además de la influencia que ejerce sobre el clima y de lo que modifica las condiciones higiénicas, realiza, bajo el punto de vista de la salubridad pública, otro papel importantísimo: es un aliciente, un atractivo para que la población disfrute fácilmente de los beneficios y de las ventajas de la vida del campo.

Las costumbres tienen siempre su razón de ser, y cuando esa razón desaparece ó varía, las costumbres se modifican. Aquí no es frecuente, no está generalizado, como en otras partes, abandonar la capital los días festivos para pasarlos al aire libre ó en los sitios inmediatos que reúnen condiciones á propósito para ello. Pero, ¿cómo ha de haber esa costumbre? ¿Dónde se puede ir? Excepción hecha de la Casa de Campo y El Pardo, que se encuentran en condiciones especiales, ¿qué encantos pueden tener esos terrenos sin árboles que amortigien en verano el sol abrasador que en Madrid tenemos y en invierno la intensidad y la dureza de esos vientos helados del N. y del NE.?

No hay condiciones para que, esas costumbres, que tan beneficiosas son para conservar la salud y combatir las consecuencias de la vida sedentaria que generalmente se hace en las grandes capitales puedan aquí desarrollarse.

Crear esas condiciones que faltan, y con ellas crear al mismo tiempo esas costumbres, sería una verdadera conquista.

La modificación de las condiciones meteorológicas de esta corte es importantísima, y las plantaciones son un elemento para conseguirlo; pero quedan además otros beneficios.

Las grandes masas de vegetación, mecánicamente, son una defensa para el viento; químicamente, destruyen infinidad de productos que fermentarían en el suelo y destruyen infinidad de los microorganismos que pueblan la atmósfera; las emanaciones de las plantas aromáticas y de las plantas balsámicas realizan esta última misión con actividad extraordinaria, y difundidas esas emanaciones en el aire, aunque en pequeñas cantidades, tienen una acción directa sobre el organismo.

La vida vegetal, en resumen, es un elemento de primera importancia para mejorar las condiciones higiénicas de una comarca, y esa influencia tiene que ser más sensible en los sitios donde es mayor la falta de vegetación.

Replantar de arbolado una estensa zona en las inmediaciones es un ideal que todo el mundo acoge con entusiasmo; pero es un ideal que, dada la situación actual de Madrid, se ha de realizar muy difícilmente.

En estos últimos tiempos, ahora mismo, se hace todo lo posible por aumentar las plantaciones. El Estado

en la Moncloa, el Ayuntamiento en Amaniel y en la Elipa, realizan trabajos de importancia. El interés particular también ayuda en gran escala; los propietarios solicitan un respetable número de árboles aprovechando el acuerdo del Municipio, que los concede gratis en un radio de 30 kilómetros.

Pero á pesar de todo esto, que es sin duda alguna un gran adelanto, para que la influencia de la vegetación se haga sensible, se necesitan grandes sumas, hacen falta zonas muy extensas, y esto no se puede conseguir económicamente por el esfuerzo oficial, ni se puede crear por el interés privado en un clima como el de Madrid, cuando falta el principal elemento: el agua.

Las plantaciones, con el exclusivo objeto de crear sitios de recreo, tienen que ser muy limitadas, hace falta un estímulo mayor, hacen falta resultados más positivos, es preciso explotar esa vegetación para que se extienda con toda la rapidez y toda la intensidad necesaria.

No creo que pueda ser sospechoso; á falta de otras condiciones, he demostrado que soy fanático por la idea de repoblar los alrededores, y todo lo que contribuya á realizarla, entiendo que es una ventaja que se alcanza, que solo con dar pretexto para que la población disfrute del campo, se consigue un gran adelanto.

Pero no me hago ilusiones, comprendo que el Ayuntamiento puede crear algunos bosques, que los particulares contribuyen mucho plantando y sosteniendo los árboles que se les entregan, pero conozco también los cuidados que esos árboles requieren, las consecuencias del abandono más pequeño, el crecido tanto por ciento que se pierde cuando no se riegan con frecuencia; conozco el desaliento que estas contrariedades traen consigo, y que todos los esfuerzos que se hacen dan un resultado práctico importante, muy importante, pero muy deficiente, para lo que aquí se necesita.

Para que el ideal se realice hace falta, en primer término, disponer de aguas abundantes para el riego, no sólo para el riego de los árboles, sino para el cultivo, para crear una riqueza que sea el principal elemento de transformación.

Con el agua sería sumamente fácil sostener económicamente el arbolado, sería muy sencillo satisfacer los caprichos del lujo y satisfacer las necesidades del labrador. Pequeñas granjas, casas de recreo, establecimientos hortícolas, todas esas construcciones que tanto abundan en las inmediaciones de las grandes capitales, no se improvisan, ni se improvisan tampoco los caminos que son indispensables, cuando sólo á costa de grandes sacrificios se consigue sostener una vegetación raquítica.

A muchos kilómetros de distancia el aspecto del campo anuncia en todas partes la proximidad de las poblaciones de importancia, pero eso sucede cuando los alrededores tienen belleza y condiciones higiénicas, cuando los alrededores no son improductivos.

Si se dispusiera del agua en abundancia, los términos del problema variarían por completo, entonces sí que la riqueza de árboles de los viveros municipales y el buen deseo de los propietarios habrían de dar resultados inmediatos y que en poco tiempo se habrían de modificar las condiciones de esos terrenos áridos que nos rodean.

Nada de lo dicho envuelve ni la más pequeña nota de censura, de la que me tocaría en todo caso no pequeña parte. En este género de cuestiones, como en todas aquellas que se relacionan con la higiene, deben aprovecharse los elementos pocos ó muchos que haya disponibles, sin despreciar ninguno, y bajo este concepto, todo cuanto se hace por el aumento de vegetación, se debe continuar con toda la fe y toda la energía con que se ha empezado, pero no por esto se debe ocultar que el ideal no se consigue, ni se puede conseguir por estos medios.

Las grandes reformas de Madrid están de tal manera unidas entre sí, que no se pueden estudiar ni acometer aisladamente, se complementan las unas á las otras.

Si la higiene reclama el aumento de vegetación, y para conseguirlo es indispensable disponer de agua en abundancia, esa misma agua desempeña otro papel en el orden económico, crea una riqueza que hoy no existe.

C. RODRÍGUEZ.

CHARLA DE LAS CHARLAS

ESCRITA EN ESTILO VULGAR Y RAMPLON

¡Ea, señores! Ya que ponen la oreja tan larga, miren bien lo que digo, porque voy á soltar la tarabilla y á contar el caso de cabo á rabo, con sus pelos y señales, sin faltar punto ni coma, ni dejarme un ápice en el tintero; pero no se espanten, que aunque la cosa parece este mundo y el otro, todéc es nada; pues al fin y á la postre y entre gnapos y valientes, se volvió agua de cerrajas, se fué como el humo y que le echen gallos.

Patillas se llamaba (y vamos atando cabos) un zangandungo á quien otros que tales arrimaron el hombro para levantarlo de la nada á sacristía y que se casase á cierra ojos con una moza que no envidiaba nada á nadie; casóse, y por fin de fiesta se le fué la mujer al otro barrio, dejándole una niña sietemesina que él crió á las mil maravillas con picos de rollo, y guardaba como pera en tabaque, porque decía á cada paso, aunque á pelo no viniese, que no le quitaba pinta.

Ella fué que andando el tiempo y de la noche á la mañana, Maricuela, que así se llamaba la chica, se hizo una moza que daba gozo, porque era como unas flores, fresca como unas lechugas, y alegre como unas pascas, con unos ojos como luceros, unas mejillas como rosas, una boca como un anillo, un aquel de alza Dios tu ira, y un tole-tole que se llevaba los hombres de calle. Al verla Patillas se le caía la baba y solía decir: ¿si hará la mala trampa que yo crie carne para lobos? y otras preguntas de este jaez, porque no las tenía todas consigo.

Pues señor: no lo dijo en valde, sino que su retintín le salió á la cara por sus pasos cabales como si fueran habas contadas; pues estando la chica si toca ó no toca, rayando á los quince, le cayó en gracia, entre muchos que por sus pedazos bebían los vientos, un tagarote de veinte años llamado Gilico, que era el mismo diantre, y que para hacer una jaula y bailar la zarabanda se pintaba solo, sin que por esto dejase de tener sus puntas de farandulero.

A las primeras de cambio no tomó Maricuela á pecho aquel negocio, porque no la dejaban píel ni pata otros que le andaban al retortero royéndole los zancajos. Cada vez que Gilico se topaba con su Mariquita, se le hacia la boca agua; y cuando veía que los demás le hacían muecas, se le llevaba Pateña. El pobre perdió la brújula de tal modo que así pudiera vivir sin su María como ahora llueven teatinos; y estuvo, parda que anda y dale que dale! hasta que logró la suya y consiguió que la chica se diese á partido y entregase la carta, metiéndose de patitas en el berengenal del amor.

Hablar de los celos de Gilico sería cuento de nunca acabar: tratar del amor de Maricuela eso raya en lo imposible; y si esto no es verdad, venga Dios y véalo. Pero así que el mozo tuvo la sartén por el mango, se volvieron las tornas y cambió el naípe de manera que se trocaron las papeles de arriba á abajo, y á las chicas le bulleoron en el cuerpo y royeron las entrañas los mismísimos celillos de que antes se reía á pierna suelta y á más y mejor: de modo que cuanto más apretaba María, más afijaba Gilico; y éste, por hacerle morder del ajo y darle en qué merecer, andábase á banderas desplegadas en bureos con otras mozas alegres de pajarrilla, tan á las claras, que lo entendió Maricuela y se puso á llorar á moco tendido por haber caído en el garlito tan de cabeza, que cuando él estaba más erre que erre con las de afuera, más en sus trece se estaba la chica en quererlo, y no se lo sacarian de la mollera aunque le prendiesen frailes descalzos.

Pero como pasaron en claro días y días sin que Gilico asomase las narices por la casa, á la niña se le volaron los pájaros y comenzó á hllvanarse los sesos y á forjar castillos en el aire buscando trefas para salirse con la suya y tomar la revancha. Cuando esta que el diablo, que no daerme, le calentó los cascos trayéndole á las mientes una dona Calamanda, señora de pergaminos y ejercicio de alcabala, la cual sabía echar las cartas por las puntas de los dedos, leer el sino de cualquiera en un dos por tres, recetar medicinas para embucar á los hombres en un santiamén, y volverlos lo de adentro á afuera, aunque fuese á regañadientes, en menos que canta un pollo.

Pues señor, y como íbamos diciendo, la cosa no tuvo agüante; y en ocasión de hallarse Patillas encaramado en la torre, la hija de su alma se dejó de chinitas, y sin pararse en belillos ni

tropezar en barras, se olvidó del qué dirán, se puso de veinticinco alfileres, y paso entre paso se plantó en la casa de la señora Calamanda. Era esta buena pieza, larga como la Cuarema, más chapada que un espárrago, y de un rostro tan arrugado y descolorido como una cáscara de nuez: halló la puerta de par en par, colóse á dentro, y se topó á la primera traspuerta con la vieja mirándola de hito en hito. Preguntó la moza: ¿Quién es la señora Calamanda? Respuesta al canto: la misma que viste y calza, y que no niega su cara á nadie aunque la tiene le pocos amigos. Y tú, ¿quién eres? Yo soy, contestó la chica, Mariquita la sacristana. ¡Ay, pezones! exclamó la vieja; ¿y por qué has tardado tanto en sacar los pies del plato y en pisar los portales de mi casa? Ya te tenía puesta en lista, y si te descuidas un pelo en venir, hubiera ido yo en un iris á sacarte de tus casillas.

Mas la muchacha que no entendió el burlis de aquella indirecta, y que se ahogaba de pena porque llevaba el alma hecha un nudo atravesado en la garganta, se calló como una piedra y comenzó á hacer pucheros. No te apures le dijo la vieja, ni me vengas con dengues; aliviate de peso, que en parte estamos donde puedes quedarte en paños menores: vamos al asunto y al tanto mas cuanto, que al hornar se hacen los panes tuertos ó derechos, y yo no quiero que tú ni nadie, al fin y á la postre, me lleves en lenguas, ni me quite el pellejo por no haberme estado bien el dedo antes de que pongamos manos á la obra; tú ya sabes cómo están los tiempos, que el pan anda por las estreñidas, y que un sorbo de vino cuesta un ojo de la cara; pues si es el aceite, no digo nada: ¿y la ropa limpia?

Y dijo la chica: de eso no se me dá un pito, ni yo quiero meterme en camisa de once varas: otro es mi apuro: si yo aportara por aquí en cien leguas si no estuviera en un brete. Vagos, respondió la vieja: ya estoy al cabo: todo tiene remedio menos la muerte. ¿No conoce usted á Gilico? preguntó Mariquilla: y respondió: como si lo hubiera parido; ya se vé, él que no sabe de la misa á la media, y nosotros que no tenemos pachorra para aguantar que se nos caigan de maduras y dejarnos secar en verde, se junta lo uno con lo otro, y cádate á Periquillo hecho fraile. No hay tales carneros, repuso la niña, ni Gilico me ha tocado el pelo de la ropa. Pues no digas más y llámale ache, replicó la vieja; ya sé de que pié cojeas: celillos, ¿eh? vamos hija: aboca el saco de pé á pé, con sus puntos y comas, que yo daré en el quid para que se le vuelva la torta un pan, y tú hagas el tuyo como unas hostias.

Mariquilla, que vio el cielo abierto, contó el cuento cé por bé, y concluyó su arenga diciendo que renegaba de su nombre si no le daban camino para vengarse. A lo cual la vieja respondió: mira, hija mia, tú eres hermosa como unas platas y no puedes faltarte un rato para un descosido: cuando él vaya para arriba, echa tú por abajo; si él se vá á cencerros tapados por los cerros de Ubeda, echa tú á sombra de tejado por esos trigos de Dios; firme con ella, y cada uno por su lado; que rueda la bola, y si no se apea del asno, que me lo claven en la frente.

¡Ah! contestó la muchacha; eso es hablar de la mar y predicar en desierto, y no lo haré yo ni por pienso, pensando que lo que tiene de dulce, tiene de amargo. ¡Chúpate esa! exclamó la vieja; aun no asamos y ya empringamos: el diablo que te bingue el aliente: mira que si yo no te quisiera más que á las uñas de mis ojos, ya te hubiera dado de codo. Pobre de mí, que voy un alma de cántaro y no sirvo para vivos honrar, ni para muertos amortajar; y cuando á mí se vienen las mariposas con la miel en los labios, en tal de que no se queden al son de las buenas noches, prefiero yo quedarme á la luna de Valencia: aunque si vale decir verdad, ya me tienes hasta el moño, y de hoy á más, la que no entre por uvas, bien puede irse con la música á otra parte, porque de mí no sacará astilla y dará pasos en balde.

Pero señora, dijo Mariquilla, ¿habrá alguno que quiera mirarme á la cara? No hay quince años feos, repuso la vieja, y en oliendo los hombres la ropa colada pierden los estribos, y si nó á la prueba.

Aquí hizo alto, llamó á su criada, que también era de la cáscara amarga, y le dijo al paño: «Corre que vuela al señor de maras, que tiene el riñon cubierto; y no rayas á humo de pajas, ni te vuelvas con la nada entre dos platos.» Y tornando al asunto, dijo á la chica: este que tal, es un sujeto que vende salud, porque está que no coje en el pellejo y revienta de gordo; que por ver una guapa muchacha larga la moza que es un portento. Tú lo verás y harás de tu capa un sayo, y al que Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

En esto y aquello y lo otro y lo demás allá, pasaron el rato; la vieja diciendo que pares y Mariquilla que no, cuando el gordo se vino al aliente y subió por la escalera con la lengua tan larga y sudando la gota tan gorda hasta echárselo sobrado. No podía con su alma, que un ballemato con

una cara de tascuas, unos ojillos de pulga y una boca de gachas que daba gloria.

Al punto dijo la vieja: Molino parado no gana maquila. Muchacha no te hagas de puecas; no te estés mano sobre mano; bailale el agua delante á este pimpollo; sacude la pereza y carga con el santo y la limosna, que yo por esta vez me lavo las manos, y ni chito ni paulo, ni tiro, ni alfojo, ni la manta es mia, ni toco pito, ni llevo vela en este entuerto: ahora es la tuya, abre el ojo y no te olvides de qué á la ocasión la pinta calva.

Calló la vieja, y cuando á la chica le dió el tufo en las narices y se vió el daño al ojo, el cuento mal parado y el zipizape que iba á armarse sobre sus costillas, se le cayó el alma á los pies; y sin levantar la vista del suelo, como quien vá buscando alfileres, pensó lo que pensó, cerró su pico, hizo de tripas corazón, y trató de tomar las de Villadiego y escapar por el ojo de una aguja, aunque se dejase las plumas en los zarzales. Pero la vieja, sacando las del costal con sus chacharramanchas, al ver que la moza se le volvía respondona y que se llamaba andana, envidió el resto y la puso en pretina, cogiéndola entre la espalda y la pared, que no la soltara ni con pan caliente.

Aquí cortamos el hilo para decir que Mariquilla no hirió el cuerpo para colarse como una gatita mansa en el ventorrillo: viola, y (malhaya sea la suerte) una bribona que partió como un rayo en busca de Gilico para enterarle de lo hecho y lo por hacer, y del cómo y el cuándo le soplaban la viruta. El mozo cegó y no vió, y coja la pildora en el cuerpo, aquí caigo; allí me levanto, enderecé para la casa del sacristan, y como encontrase la jaula vacía, corrió para la iglesia hecho un basilisco. Patillas que le vió llegar y que lo quería como á un dolor de tripas, dióle con la puerta en los hocicos y se encaramó al campanario. Tras, tras, y el sacristan que si quiere; tras, tras, otra vez, y el sacristan ni por esas; y viendo el mozo que aquello era una perdición, soltó la sin hueso gritando entre repique y repique que á Mariquilla se la llevaba el diablo. Oyólo Patillas y allí fué Troya, bajar el sacristan de la torre, saber la tracamundana, subirse á las nubes, tomar con la mano el cielo, y andarsele la cabeza como unas devanaderas: todo fué uno. Coje y ¿qué hac? vá y parte derecho como una bala á dar soplo á la justicia, y halló al alcalde (que, dicho sea de paso, era hombre de pelo en pecho) muy reparatigado en su silla, rascándose la barbiga, como diciendo aquí me las den todas; y tratando con el alguacil (que mejorando lo presente, era hombre de rompe y raja) tratando, repito, de torcer las varas sobre cualquier hijo de vecino, para sacarle las correas del cuerpo, porque la cosa andaba muy mal, y estaba el lugar como una balsa de aceite, sin hallar á qué echar mano. El sacristan, que llegó llorando los kiries y estaba para dar un estallido, cantó de plano y aclaró el misterio. El alcalde que tal oyó, con las manos en la cabeza, dijo: Venga el sombrero, que ya me he puesto las botas, y vamos volando, que cuando lleguemos ya serán dichas. Vamos, respondió Patillas, y quede lo que quede, que algo es algo, y peor es nada; y emprendieron la marcha mas que de prisa.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

Como las sirenas, cantores extraños al pastor engañan que perdi sus pasos. Esquilas agudas y sonas metálicas allá por la noche imitan sus cantos. En legiones cruzan llanuras y prados sus cascabeles medrosos sonando. El que los coe dice al escucharlos: son los sapos músicos que vienen cantando.

son los sapos músicos que vienen cantando.

Allá en los cortijos, después del trabajo, buscan los zagales al cuerpo descaído. A las cabeceras de los toldos largos hoscos y rendidos estienen el halo. Entre sueños oyen los sonidos claros que sobre la vega se van alejando. —Acaso son, dicen, las bestias del Prado. —Son los sapos músicos que vienen cantando.

Las rejas que adornó la dalia y el nardo, las úimas flores del bello verano, están de la dulce pareja escuchando el de in el y rosas divino diálogo. —¡Faldrán ya los lento pastores al campo! será acaso el alba será el día acaso? —No temas, bien mio, no son los rebaños: son los sapos músicos que vienen cantando.

La alegre parranda su andaluz desgarro va de reja en reja ruidosa dejando. La movible bota recorre las manos y vuelve á su sitio por los mismos pasos. Por una calleja que da al despoblado llegan hasta el pueblo los sonos metálicos. —¡Será que amanecer? —No amanecer, gauco: son los sapos músicos que vienen cantando.

En el duro lecho, con pena acostado, el enfermo mide de la noche el lapso. ¡Qué terna la sombra! el tiempo ¡qué largo! ¡qué de extr ñ s voces y ruidos extraños! —Madre, madre mia, ya ha cantado el gallo, suenan las esquilas, será día claro. No son, hijo mio, ecos de ganados: son los sapos músicos que vienen cantando.

Lo que llena el alma de dulces engaños y la mece en sueños volubles y vagos; todo lo que escapa al preciso cálculo y en la mente flota cual vapor dorado; mujeres de ni bla que vemos soñando; I ma aviloso, lo indeterminado, son la poesía con su dulce halago: son los sapos músicos que vienen cantando.

BALVADOR RUEDA.

UN VOTO EN CONTRA

Do, ut facias: Facio. ut des.

Vamos á ver, lectoras mias, ¿no piensan ustedes, como yo pienso, que á todo servicio corresponde una retribucion? Pues si eso creen y de esa manera opinan ¿cómo acogerian el ofrecimiento de una doméstica, la cocinera por ejemplo, que espontáneamente se brindara á no cobrar su salario y á seguir cocinando en la casa como si lo cobrase?

No he menester que ustedes me digan lo que responderian á tan inusitada oferta, porque, sin oirlo, estoy figurándome el diálogo, que en el caso por mí supuesto, se entablaría.

—Desde hoy—diria la cocinera, ya que en esa servidora nos hemos fijado—desde hoy no tiene que pensar la señorita en pagarme; porque no quiero ganar nada.

—¿Eh?... ¿Pues y eso?

—Pues porque no lo necesito y lo que habia de darme á mí puede la señorita emplearlo en cualquiera otra cosa. Es un obsequio que yo quiero hacer á la señorita.

—Muchas gracias por la buena intencion; pero yo no admito esa clase de obsequios. Yo pago á usted para que me sirva; usted me sirve para que yo la pague; sirviéndome usted bien y pagándola yo puntualmente, cumplimos cada cual con la parte que le corresponde en el contrato; si no lo pago yo, ó no me sirve usted, el contrato no se cumple y esto no me conviene. Si por haber mejorado usted de posición, ó por otras causas que no me importan, puede usted pasarse sin salario, lo más natural es que deje usted de servir.

Inútil sería, estoy completamente seguro, que la criada se obtusase en demostrar como sus ofertas debian ser aceptadas; tan inexplicable ofiosidad parecería sospechosa al ama de casa que en el caso de habérselas con una muchacha linda—que tambien suele haberlas en el ramo de sirvientas, digamos sin apurarnos á nadie y sacie-

rando lo presente—temeria que aquel desinterés ocultaba el propósito de enamorar al señorito, y en el caso de una fea, creeria quizá que encerraba otros proyectos más espantosos ó cuando menos la seguridad de sacar de la sisa rendimientos muy superiores á lo que el salario representaba.

Discurriria, por otra parte, la discreta ama de casa, que aquel servicio gratuito, aun admitiendo que ninguna intencion pecaminosa encubriese, la colocaría en situación muy desagradable con respecto á su servidora, á la que no podría nunca dar órdenes con libertad y por la cual no estaria segura nunca de ser obedecida; sin contar con la enorme diferencia que el no cobrar de la una y el sí cobrar de la otras, determinaría entre la criada sin salario y la criada con él, diferencia depresiva para la que cobraba y que sería de perniciosos resultados para la disciplina doméstica.

¿Tengo razon, ó no la tengo en lo que llevo dicho?

¿Sí? Pues así parecido á eso y por de contado mucho más grave que eso, me parece, que un ciudadano renuncie, á favor del Estado, el sueldo correspondiente á un cargo público y retribuido, que dicho ciudadano desempeña.

El caso no es frecuente, por fortuna; pero se presenta alguna vez, y cuando representa, suma los aplausos de la multitud, escuchanse los loores que entonan en honra de tal desprendimiento muchos que acaso no calculan como en esas asistencias para los que proceden así, vá tácitamente envuelta una censura para los que proceden de otro modo.

No ha mucho tiempo, *verbi gratia*, publicaban casi todos los periódicos de Madrid una noticia que—omitiendo nombres porque ahora no hacen al caso y porque yo estoy hablando en general—decia así:

«Hemos oído que el señor.... ha manifestado su propósito de renunciar las dietas que le corresponden por.... Esta conducta ha de ser muy aplaudida por la opinion y merece ser imitada.»

Pues voto en contra.

Ni creo que esta conducta debe ser aplaudida, ni admito que mereza ser imitada.

Y sobre todo, lo que no creo, ni admito, es que el Estado, que quiere servidores y no solicita bienhechores, acepte esas renunciaciones que revisten los caracteres de una limosna.

Al que la lleva á cabo, puede perdonársele, porque al fin su buena intencion le salva; pero al Estado—ó á los que le representan—no debia ser permitido tolerar esas cosas.

El Estado quiere pagar y debe pagar á sus servidores, y para eso tiene asignada á cada puesto su retribucion correspondiente: desde la lista civil del jefe del Estado, hasta el infimo jornal del más humilde temporero. ¿Hay ciudadanos que por su posicion desahogado no tienen necesidad de cobrar sueldos? Pues tanto mejor para ellos y que Dios les aumente el candil, si les conviene; que no sean funcionarios públicos; que se dediquen á sus negocios particulares, ó á lo que quisieran, y Cristo con todos. ¿Pueden y quieren desempeñar cargos oficiales? Sea muy enhorabuena; desempéñenlos si sirven para ello (porque se dan casos de que no sirven) y cobren su sueldo correlativo que los cobran todos; necesitenlo ó no. Si las mensualidades que van percibiendo no les son necesarias, empléenlas, si lo consideran oportuno, en hacer obras de caridad—y si puede ser que la mano izquierda no se entere de lo que haga la derecha, mejor—y si no son de suyo caritativos, gástenselas en lo que les viniere en voluntad, ya en comprar juguetes para los niños, si los tienen, ya en tirarlas por el balcón si se les antoja, y estamos del otro lado; pero no se las regalen al Estado, que no sabe qué hacerse con tales obsequios; porque ese ostentoso alarde de desprendimiento puede humillar á los que, por desdicha suya, no se hallan en condiciones de imitarlos, y que hartas desdichas tienen ya con ser pobres para que se les vaya á aumentar con la humillacion de no parecer desprendidos ó dadivosos.

Además, «lo barato es caro» dice el refrán y á las veces no es oro todo lo que reluce, ni es desinterés y abnegacion todo lo que abnegacion y desinterés parece. Ni señalo á nadie, ni aludo á nadie, porque me faltan datos para aludir y señalar; pero así como el ama de casa que he sacado á colacion para comenzar no podia admitir que solo por su linda cara y por pura adhesión á su persona quisiera una criada servirla gratis y sospechaba que en aquel incomprendible desinterés habia segunda intencion, pueden sospechar los maliciosos (yo no lo sospecho porque nunca tuve malicia, gracias á Dios), que unos servicios gratuitos, al parecer, van á ser cobrados en una ó en otra forma, de esta ó de aquella manera, pero siempre de un modo que supera en mucho al importe de los sueldos regulados.

Tal y tan firme es mi creencia en esto, que si pudiese yo arreglar á mi gusto las cosas del Estado—y quien sabe si las arreglaría bien? ¡de todas maneras, peor que ahora están no habia de tenerlas!—pues, decia, que si

arreglase yo á mi gusto la cosa pública, señalaria sueldo á todos los cargos oficiales; absolutamente á todos; no admitiria ni un solo servicio gratuito; ni civil, ni militar, ni de la Nacion, ni del Municipio.

Señalaria sueldo á todos los miembros del poder judicial y á los del poder ejecutivo, y á los del poder legislativo. Diputados, senadores, concejales, representantes de la provincia, todos, absolutamente todos á quienes exigiese la prestacion de un servicio, tendrian su sueldo, siempre irrenunciable, irrenunciable, sí, señores, para no ofender á nadie.

Con esto tengo para mí que atendia á exigencias muy razonables de la equidad y de la justicia, que piden á gritos que quien manda trabajar pague al que trabaja, y lograba una economía, haciendo posible esa carga hoy gratuita á muchos que viven de su trabajo y que, por consiguiente, están imposibilitados de admitirlo, si ya no es que lo admiten en la reserva mental de hacerle productivo, lo cual, como usted se comprenden es muchísimo peor que si no lo admitieran.

Sospecho—qué sospechar?—estoy completamente seguro de que no irán las cosas por ese camino, porque nosotros somos muy dados, por lo menos de dientes para fuera, á esos rasgos de esplendidez y de prodigalidad.

«Que al cabo, si yo nací de humor generoso y franco, quién me ha de quitar que tenga el alma de un Alejandro? Tal vez para mí traer, suelo no tener un cuarto pero para regalar el mundo me viene acaso.»

Como dice el poeta, cuyas palabras no estoy seguro de haber reproducido con exactitud, porque las he escrito de memoria, pero dicen algo muy parecido á esto. Si, aquí somos, de nuestro, muy rumbosos y muy aficionados á echar la casa por la ventana; eso de renunciar sueldos y retribuciones y salarios, nos llena el ojo, y los cargos gratuitos y como tales honoríficos, son los que más se apetece y con más afán se solicitan; pero el que las cosas no vayan por ese camino, nada quita á la fuerza de mis argumentos; que, á mi parecer, son sólidos y que serán indestructibles si he conseguido el apoyo poderosísimo é incontrastable de las señoras, á cuya discrecion, á cuya perspicacia y á cuyo sereno juicio he apelado antes y ahora para ir bien acompañado en mi protesta contra unos aplausos que tengo por inmerecidos y peligrosos.

A. SANCHEZ PEREZ.

LA DESTREZA EN ESPAÑA

Reza uno de aquellos, que Fernan Caballero llamó «Evangelios del pueblo» más vale maña que fuerza, por donde es obvio que la habilidad, arte, primor ó propiedad con que se hace una cosa (y esto es destreza; según el código del lenguaje), tiene excepcional importancia en la vida, y bien merece dar á conocer ó recordar algunos hábiles, diestros, primorosos ó ágiles, que fueron admiracion de propios y extraños.

Como otras veces, circunscribimos esta nuestro trabajo á España, arrancando en la historia de tiempos relativamente modernos, si se comparan con aquellos en que el divino Apolo machucó con el disco al mancebito Jacinto Polimnestor, cabrerillo de Mileto, coja libros corriendo tras ellas; Heróniges de Xante conquistó por su lijereza el sobrenombre de caballo, con que se envanecía, y Filonidas, el andarin del gran Alejandro de Macedonia, recorria nueve leguas en un periquete.

Siquiera el correr sea ligereza y agilidad veloz de los pies, como lo define San Isidoro, creemos que tal ejercicio encaja más bien en un estudio sobre la fuerza ó los forzados, trabajo que ya esbozamos en este diario el año pasado.

Pardónennos, pues, Bielsa y Chistavín, con todos sus predecesores, si no damos aquí cabida al relato de sus hazañas.

Pero no han de quedar en el tintero aquellos modestísimos héroes anónimos, que diria Grilo, admirados por Guill-rmo Depping en su curioso libro *Merveilles de la force et de l'adresse* que se echaban al suelo de la diligencia en veloz carrera, fustigaban el brioso tire y volvían á ganar el estribo del coche, entonando una alegre calesera.

No es posible hablar de agilidad, dota de los cuerpos gloriosos, sin recordar á nuestros zagales y delanteros. El propio autor citado, se hace tambien lenguas de los intrépidos muchachos que á caballo sobre el duro y sonoro bronco, ví mécerse en los espacios volteando las campanas de la Giralda de Sevilla.

Y no supone menos valor ni destreza el que derrochan en su oficio los intrépidos murcianos que recolectan la cosecha de dátiles en los bosques de palmeras de Elche y plegan las esbeltas palmas que, doradas luego por el

sol, se cimbrean entre nubes de incienso el Domingo de Ramos, bajo las grandiosas bóvedas de nuestras catedrales ojivales.

Y ya que hablamos de gente que marinea á grandes alturas, parecemos que viene aquí como anillo al dedo, ocuparse en célebres fonámbulos españoles.

Refiérese en la Arqueología Británica, que en ocasión de pasar Eduardo VI de Inglaterra, con motivo de su coronación, por la ciudad de Londres en 1547, hubo de detenerse frente al cementerio de San Pablo.

Como parte de los festejos consiguientes preparados en honor del nuevo rey, se había tendido un grueso cable desde las alturas de la Catedral hasta el suelo, sujetándole por medio de un ancla de hierro. Cuando el monarca llegó á la puerta llamada de *el dean*, un extranjero, aragonés de nacionalidad, descendió de brnces por la cuerda, como flecha disparada del arco, desde aquella inmensa altura hasta la tierra. Después se levantó, fué hácia Eduardo VI, le besó los piés, le dirigió algunas palabras, y despidiéndose acto continuo, ganó de nuevo la maroma. Como á la mitad de su extensión, dió tres ó cuatro vueltas y otras tantas zapataetas en el aire, valiéndose de una cuerda, que llevaba rodeada al cuerpo, la que ató al cable suspendiéndose por la pierna derecha por algún tiempo.

Des hizo, por último, los nudos, y desapareció en medio de los estridos aplausos de los espectadores.

Teniendo presente la Crónica de Holinshed, no parece aventurado afirmar que este intrépido mozo fué el mismo que repitió tan arriesgado ejercicio en el mismo Londres y en el siguiente reinado, aunque con menos fortuna, con motivo de las fiestas celebradas para recibir á D. Felipe II de España, esposo de la reina María de Inglaterra.

Otro español, natural de Oviedo, fué en París por los años de 1882, el héroe del día, atravesando el Sena sobre una cuerda tirante en menos de dos minutos.

Este notable equilibrista y grande acróbata que se llamaba Antonio Federico Arsená, ó Alvarez, según algunos periódicos, vestía un *maillet* de plata, merced á cuyo traje se le distinguía á grandes distancias.

Tan expuestos eran los ejercicios de nuestro compatriota y tanta la seguridad con que los efectuaba, que llegó á oconocer la gloria de Blondin, obligando al prefecto de París á que desistiese de su pretensión, relativa á que se colocara una red bajo el cable.

Cuento de nunca acabar sería el trasladar aquí la lista de los innumerables y diestros ginetes mentados en nuestras historias en todo tiempo; pero por ser caso sumamente curioso, citaremos el que apunta Zapata en su *Memorial* referente á un caballero sevillano.

«Corria sin brida—dice el cronista de Carlos I—y el caballo, como una volante cometa, pasa la carrera á toda furia, y ya al fin ásele con entrambas manos de la boca y á dos ó tres enviones, como si tuviera frenos, donde quiere le para.»

No tan original quizá, pero no menos diestro, fué en el arte de la doma D. Juan de Bracamonte, citado ya por nosotros como hombre hercúleo, pues montaba en pelo y sin freno cualquier caballo cerril, y con un baston en la mano, tendía en el suelo, en fuerza de carreras y palos, al caballo ya manso.

En la natación los hubo también entre nosotros, capaces de chafar al capitán Boiton.

Digalo sino aquel D. Alonso de Contreras, hidalgo de Talavera, del que se cuenta que en las galeras de Malta, junto á la costa de Grecia, en calzas y en jubon, se echó á la mar tras un turco de rescate (que no debía ser rana) le persiguió de cerca, zambulló muchas veces, luchando con él á vida ó muerte, y, amenazándole por último con una daga, lo restituyó al barco.

Hoy mismo en las orillas del Jarama y en el fondo de sus profundas y cenogozas cuevas, cogen á mano truchas, buceando los ribereños.

Todo el mundo admira la destreza de los chicuelos del muelle de San Sebastian, que se pasan el día chapuzando para sacar del fondo del mar la pieza de cinco céntimos que se arroja liada en un papel blanco.

No cumple á nuestro propósito establecer aquí comparaciones entre el juego escocés, que consiste en lanzar un pesadísimo martillo de hierro á gran distancia, y el juego de la barra en Aragon y otras comarcas españolas, pero sí puede afirmarse que en nada cedan estos á aquellos si no los aventajan en muchas ocasiones.

Por lo que hace á destreza de manos, no son pocos los ejemplos que pueden citarse.

D. Diego Ramirez, que vivió en la época de Carlos I, «quebraba con una mano en el pecho desnudo una espada, que á no cumplirlo alguna vez, no había de volver atrás, sino metérsela hasta el cabo.» (1)

Lopez Osorio, en su historia de la noble villa de Medina del Campo

M. S. org. en 4.º de fines de S. XVI y principios del XVII, B. de la A. de la H., refiere lo que sigue:

«Parecióme entrar bien en este lugar los particulares yngenios en materia de *agivilious* de algunos hijos desta patria; y para que guste el lector, empezaré por uno que dió en tirar clavos con tanta destreza que admirava, porque haziendo una rraya en una puerta, tiraba los clavos á ella y no faltaba uno que no diese en ella: tirava clavos de muchas maneras: tirava á una vara de alguacil y la ynchia de clavos, y en una vira de un gapato calgado hincava los que queria. Vedavante no fuese á los montes, porque no dejava conejo. Yo le ví estando un serrano maderero con su cavallo largo arrimado á una puerta, al qual tiró seis clavos, que le clavó los cavellos con la puerta sin que los sintiese, y cuando se quiso ir y vió que le trabajaban de los cavellos y no supo quien, cansó harta risa. Fué yngenio que no se a oydo decir otro semejante. Viven oy muchos que le conocieron y era persona principal, hijo de uno de los Mercados nobles desta villa, que oy dia viven hartos parientes suyos.»

«Hubo otro tirador de arco, que en aquel tiempo se usaban mucho, tan diestro que jamas tiró á ningun ave, que no le acertase. Y en una pared blanca ví yo pintado un leon con los bodigoes que tiraba, i eran colorados i le dejaba señalado con ellas; i desta manera se formaba. Havia quanto queria del arco: llamo-se Bernabé Guerra: fué maestro de niños.»

«El Liz. Damian de Herrera, famoso Médico que por su persona i ciencia se puede poner en esta Historia, puede tomar el pulso á cualquier Principe, tiene para todo grande habilidad, i en particular para cortar de tijera... I lo que pasa de raya, que corta una montería en el espacio de una ña del dedo gordo; en que hai hombres, arboles, perros i caza: que admira verlo.»

Micer Lnyes Pons de Icart, en su «Libro de las grandezas y cosas memorables de la metropolitana, insigue y famosa ciudad de Tarragona,» nos suministra tambien noticias muy originales sobre la materia, asunto de este trabajo:

«Tambien era de Tarragona, dice, aquel tan nombrado y famosísimo Dalman, en quien parecia que era toda la sutileza y desemboltura de manos que se pudiese imaginar: porque era tan diestro y habilísimo, que en juegos de cartas, dados y de otras mil cosas, hacia lo que queria con las manos, vna cosa delante de quantos le miravan mostrava que la hacia bolver en lo que le decian y pedian. Los dineros parecian que se bolviessen carbonos y los carbonos dinero: vn juego de cartas parecia que todo se bolués esse reyes, cauallos ó damas, según lo que le pedian. Parecia hazer bolver en culebra, en paxaro ó en qualquier otra cosa unas cosas que antes mostrava.» Etc.

Nada menos que Diodoro de Sicilia nos habla ya de la rara habilidad de los honderos baleares, cuyas madres, cuando niños, para adiestrarlos, les colocaban el pan en la punta de un palo y solo podían comerlo cuando lo derribaban de allí á pedrada limpia.

No sería tampoco inoportuno tratar en este artículo del derribo de reses bravas, utilísimo y gallardo ejercicio del que los famosos ginetes de tierra baja han dado tantos y lucidos espectáculos en las dehesas de Tablada, en Sevilla. *Sport* en el que tanto se distinguieron, entre otros muchos, el último conde de Cantillana y los hermanos Miura, dueños de la renombrada ganadería de toros de plaza.

A este propósito habria que hablar de la Camarga, en el Mediodia de Francia, en donde tambien se *derriba*, y por ende del precioso poema de Mistral que lleva por título «Mireya».

No tenemos espacio para tanto, y fuerza es concluir sin poder ocuparse tampoco en los famosos tiradores, como el contemporáneo Sr. Niu, los *pelotaris* enskaros, que darian materia sobrada para un trabajo especial, los bailarines vascos y las garridas mozas de aquel país, legendarias que corren con cántaros de agua á la cabeza.

Lástima es tambien no poder dedicar párrafo aparte á Santiago de Cárdenas, apellidado en Lima Santiago Volador, quien dejó un originalísimo libro sobre el «Nuevo sistema de navegación por los aires» y fué tan diestro que «llegó á hacer de una pieza guantes, bonetes de clérigos y escarpines de vicuña.» (1)

Mendiburu, en su *Diccionario Histórico*, dedica un artículo á D. José Hurtado y Villafuerte, propietario en Arequipa, quien por los años de 1810 domesticó un condor, el cual se remontó hasta la cumbre del cerro más alto de Uchumayo, llevando encima un muchacho, y descendió despues con el ginete.

¡Cree el domador que valiéndose de aquella ave en siete horas podria hacerse el viaje desde Arequipa á Cádiz! Con lo que nosotros terminamos el nuestro á través de la destreza en España, haciendo constar que en esta tarea nos precedió Juan Botero al escri-

bir su *Tratado de la agilidad de las fuerzas*, obra que tradujo Jaime Rebullosa.

ESPINOSA Y QUESADA.

DESDE EL BOULEVARD

La encantadora actriz de la Comedia Francesa, Celine Montaland, ha muerto esta semana.

Puede decirse que es el amor maternal el que la ha matado.

Hace un mes, Celine Montaland cuidaba con verdadera abnegacion á su hija Rosa, de cinco años de edad, enferma de sarampion.

La niña curó, pero la madre habia recogido á la cabecera del lecho de su hija los gérmenes de ese mal, tan peligroso en las personas mayores, sin advertirlo hasta algunos dias despues, cuando ya era demasiado tarde.

El sarampion, como vulgarmente se dice, se le habia metido dentro y le habia atacado al pecho, produciendo una congestion pulmonar.

Los esquisitos cuidados de que fué rodeada la artista enferma no sirvieron sino para hacerle más dulces sus últimos momentos.

Celine Montaland ha muerto con todo su conocimiento, rodeada de sus amigos y de toda su familia y cuidada cariñosamente por sus dos hijos, Gabriel y Gontran, que no se han separado de ella hasta el momento terrible.

Es curioso notar que las actrices suelen ser madres admirables y que este hermoso sentimiento de la maternidad, que en unas es el consuelo de las amarguras de la vida artistica, hace algunas veces más gloriosas á aquellas que no pueden confesarlo en voz muy alta.

Celine Montaland ha sido uno de los contadísimos prodigios precoces que al llegar á la adolescencia han cumplido todo lo que prometian en sus gracias infantiles.

Nacida en Gante el 10 de agosto de 1843, en el mismo teatro en que su padre, de origen francés, era actor, apenas habia cumplido cuatro años, cuando debutaba en un papelito de *Gabriela* sobre las tablas de la Comedia Francesa, donde habiendo tenido tan risueña aurora le estaba reservado un radiante ocaso.

Esta lejána fecha de su primera aparicion en la casa de Moliere, daba pretexto á que la Montaland disputase, en broma, estos últimos años, al gran Got, el evidiabile título de decano de la Comedia Francesa.

Jules Janin saludó la aparicion de la minúscula estrella en términos entusiastas.

«Encontradme—decia—una mirada más hábil para interrogar; una sonrisa más hábil para responder; imaginad un gesto más verdadero, una voz más justa, una sucesion más despierada de finas intenciones; palabras tan bien dichas, gracias tan bien halladas, ¡una ingenua! ¡una maliciosa! ¡una coquetal ¡un hermoso ingenio! ¡Todo en ella es verdad, naturalidad, talento!»

La pluma del escritor hablaba con sagrado artista.

Poco despues, Celine hacia su segunda aparicion en *Carlota Corday* y el entusiasmo trocábase en frenesí.

A los siete años de edad todos los teatros se disputaban á la pequeña Celine, y su padre, hombre práctico, que sin duda sabia el valor que puede sacarle al capital que representa un brillante á pesar de su pequeño tamaño, optó por el Palais Royal en espera de una *tournee* productiva.

Los mejores autores se aplicaron á escribir para Celine obras especiales. Labiche le escribió *La fille bien gardée*; el mismo Scribe hizo comedias para ella y en aquella infancia gloriosa estrenó Celine en el Palais-Royal: *Le Bal en robe de chambre*, *la Fée Carotte*, *Mademoiselle fait ses deus*, *Maman Saboulaux*, *La petite fille et le vieux garçon* y otras muchas obras.

Despues de triunfantes escursiones á provincias y al extranjero y una nueva aparicion en el Palais-Royal, por cuya escena parece que Celine haya sentido constante nostalgia en toda su carrera artistica, entró en el *Gymnase* el año 1862.

La encantadora niña habíase transformado en hermosísima joven, que desde entonces habia de arrebatar al público con su talento y al mundo entero con su diabólica hermosura.

Reyes y emperadores rindiéronse á sus gracias; los crosos de Rusia y América pusieron á sus piés tesoros; nunca la rindió el interés, sino el sentimiento, y aquellos hermosos brazos que habíanse hundido en el *oro nativo*, rodeábanse hace pocos años del cuello de un hombre enfermo y pobre, sin que ni el recuerdo de esplendores pasados ni la esperanza de los futuros los haya desenlazado hasta la hora fatal de la muerte.

Tras sus últimas escursiones por el extranjero y su paso por la Puerta de San Martín, Variedades y al Vaudeville, siempre aplaudida y festejada, entró en el Odeon.

En 1884 volvía como el hijo prodigo á la Comedia Francesa, cuyas puer-

tas se abrian de par en par para recibirla. Desde hace dos años era *sociétaire*, y el año pasado habia recibido las palmas de Oficial de Academia.

Sin un *ajamonomiento* algo precoz —parece que la precocidad fuera inseparable en ella—nadie hubiérala dado los cuarenta y seis años que tenia; de tal modo habian pasado los años sin llevarse la alegría de su sonrisa ni la gracia de su juventud.

La última vez que apareció en escena fué en la representacion de tarde del 28 de diciembre, en el *Klopthe* de Abraham Dreyfus; la vispera habia representado el papel de duquesa de Remoiville de *Le Monde ou l'on s'ennuie*, de Pailleron.

La Comedia Francesa ha estado en verdadera desgracia desde hace pocos meses. Tras Juana Samary, pierde Celine Montaland. Dos excelentes artistas y dos buenas camaradas que habrán dejado en aquella casa tan buen recuerdo como sinceras lágrimas.

..

Otra personalidad eminentemente parisiense ha desaparecido del número de los vivos en la semana corriente. El baron Haussmann, á quien se debota la transformacion de este hermoso Paris moderno, ha muerto repentinamente el lunes pasado.

Napoleon III, á quien Haussmann llamaba su *augusto amo*, y por el cual llegaba su idólatra respeto hasta escribir con letra mayúscula todos los pronombres y adjetivos imperiales que le salian al paso, encontró en él un servidor á toda prueba.

Cuando Luis Napoleon, por un golpe de fortuna inusitado llegó al colmo de sus ambiciones, concibió un sueño: dar á su residencia un brillo incomparable, y quiso, no solo transformar Paris sino transfigurarlo. Haussmann se encargó de realizar en gran parte este sueño.

La transformacion de Paris, tal como la comprendió Haussmann, no es muy complicada, pero esa misma sencillez le ha dado más hermosura. Gustábase al encontrarse en medio de una ancha via, percibir un monumento á cada extremo; sabia además que estas perspectivas eran agradables á los ojos del soberano, y esto bastaba para que se empeñase en conseguirlas.

La aprobacion del monarca era su regla de conducta y su salvagnardia; ni siquiera esperaba á que formulase un deseo, sino que se adelantaba á ellos procurando adivinarlos.

Se cuenta, á este propósito, que habiendo el emperador, por distraccion, trazado sobre un plano de Paris, algunas líneas con una regla y un lapiz azul, Haussmann creyó adivinar que Napoleon indicaba así las nuevas vias que le agradarian, y estudió el medio de abrirlas. Si *non é vero é ben trovato*, y al menos esta fábula simboliza bien la actitud del prefecto del Sena ante su soberano.

Durante diez y siete años que ocupó la prefectura, los millones danzaron un baile de locos, y en tiempo relativamente tan corto, aquel infatigable demoleedor realizó con la varilla mágica del oro de los contribuyentes, verdaderos milagros, entre otros los siguientes:

Los bonlevares de Sebastopol, Strasburgo, Voltaire, Saint-Michel, Malesherbes y Haussmann; y la prolongacion de la calle de Rivoli.

Los grandes Mercados centrales y los Mataderos.

Los parques Monceaux, Buttes-Chanmont y Montsouris.

La metamorfosis que embelleció los bosques de Bolonia y Vincennes.

La construccion de los puentes de Solferino, Alma, de las Tulierias y del Point-du Jour.

La edificacion de las iglesias de la Trinidad, San Agustin, San Francisco Javier, Santa Clotilde, Nuestra Señora de los Campos y San Vicente de Paul; de cinco alcaldías de distrito y de cinco teatros, el Lírico, el Chatelet, la Gaité, el Vaudeville y el Panorama.

Triplicar el número de mecheros de gas, plantar 50 árboles en las grandes vias, aumentar hasta 628.000 el número de metros cúbicos de agua disponibles en Paris en veinticuatro horas y desarrollar hasta 150 leguas las alcantarillas.

Las últimas obras del baron Haussmann en 1867, fueron la Avenida de la Opera y el palacio del Trocadero.

Por una ironía de la suerte, el boulevard que lleva su nombre ha quedado sin concluir.

Ya que tantas estatuas se elevan constantemente para adorno de Paris, no nos parecería inoportuno que los parisienses erigieran una al *gran baron* que ha hecho de esta ciudad la más bonita de Europa, y la colocasen en la pequeña plazoleta que forma el bonlevard Haussmann, en su interrumpido curso al ser cortado por la calle Taitbout.

..

Se dice comunmente que dos esposos que llegan á viejos habiendo vivido juntos siempre, acaban por parecerse.

Un profesor de la Universidad de Ginebra, Mr. Hermann Fol, ha sometido esta observacion á un estudio profundo

La idea de analizar científicamente el parecido entre esposos, se le ha ocurrido en Niza, sin duda porque á Niza van á parar la mayoría de los viajes de boda de Francia, Italia, Suiza y aun de otros países más lejanos.

Por consiguiente el sábio profesor no ha hecho su análisis solamente en matrimonios de larga fecha, sino más bien, y aun con preferencia, en matrimonios jóvenes, en recién casados.

Los resultados obtenidos por el estudio de parejas de fotografías, dan un *parecido grande* para el 27 por 100 de matrimonios jóvenes y el 24 por 100 de matrimonios de edad.

Parecido mediano para el 39 por 100 de jóvenes y el 47 por 100 de las de edad madura.

Parecido nulo ó mínimo el 33 y el 28 por 100 respectivamente.

De sus observaciones deduce el profesor Fol, que las parejas se unen en este mundo siguiendo la regla de las conformidades y no la de los contrastes; mejor dicho, que en la mayoría de los matrimonios de inclinacion, los cónyuges se buscan y se agradan en razon de los rasgos comunes que tienen.

Deduce además que el parecido entre esposos antiguos no nace de la vida conyugal, puesto que el parecido existe en el momento de *perpetrarse* el matrimonio, casi en la misma proporcion que en las parejas há tiempo unidas.

Recomiendo á mis amables lectoras que, según las teorías del sábio ginebrino, examinen bien la fisonomía de sus respectivos maridos y nos digan si se han casado según la regla de las conformidades ó de los contrastes.

RICARDO BLASCO.

Paris, 15 enero 1894.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

¡Mal empieza el año! Me parece que tan malo va á ser enero como el pasado diciembre, y la verdad es, que si esto ha de durar mucho, vale más morir y acabar de una vez de padecer, porque tres meses de niebla y de frío de 24 grados, aun cuando sean *Parenheit*, no lo resiste un meridional aunque se cubra de pieles de armuña de nutria y hasta de zorra azul.

Yo creo que los mantenedores de los grados *Parenheit*, como dice un amigo mio, se figuran que con su sistema parece que hace más frio haciendo en realidad menos. Es decir, que ante el susto de creer que se trata de centígrados, parece menos el frio. Séame permitido opinar como mi amigo, protestando contra todo sistema de contabilidad antidecimal.

Pero fácil sería conseguir, por ejemplo, que los ingleses renunciasen á su sistema duodecimal de libras, chelines y peniques; ¡antes se dejan hacer trizas!

Renunciar á su sistema de contabilidad, y acceder á que se lleve á cabo el puente monstruo entre Dover y Calais, ó el tunel entre Calais y Dover, creen ellos que sería renunciar á ser inglés.

Decia un día un amigo mio en una reunion donde se disputaba acerca de esta cuestion de contabilidad que tenia un argumento *ad hominem* para convencer.

—Mire usted—les decia—la prueba de que el sistema decimal es el más lógico, es que cuando no se sabe contar se cuenta por los dedos de la mano; ¿cuántos dedos tenemos en la mano?

—Diez—le respondieron.

—Pues si el sistema más lógico hubiera sido el duodecimal... hubiéramos nacido con seis dedos en cada mano.

Y vuelta á hablar del tiempo y de los grados de frio. En toda esta semana un término medio de 20 grados *Parenheit*. ¿No sería mejor decir 10 *centígrados*, por ejemplo?

Pero sea 10 ó 20, la verdad es que con este frio hasta se congelan las ideas y no se sabe de qué hablar, el tiempo se impone y no basta no querer hablar de él; es que nadie se ocupa de otra cosa.

Digo mal, en Osborne, la real familia se entretiene en representar cuadros vivos; no son plásticos y con vestido de punto, sino de trajes, en los que se despliega un lujo oriental.

S. M. es muy aficionada á esta clase de diversion, en que la princesa Beatriz lleva la batuta, es decir, que es la que dirige la exposicion de cuadros.

En Sandringham se celebró el veintisiete vigésimo cumpleaños del nacimiento del duque de Clarence y Abondale, hijo mayor del príncipe de Gales, reuniéndose expresamente para asistir á la representacion, que tuvo lugar por la noche en el salon. Cuando la reina visitó Londres en 1889 asistió en el Liceo á la misma representacion.

Asistieron SS. AA. RR. y los convidados, que fueron además de todos los empleados de Palacio, muchos amigos de las reales personas, que viven en los alrededores.

La logia de francmasones llamada «Loyal Berkshire» envió al duque de Clarence un telegrama, como gran maestra que es de la espesada logia

(1) Zapata-loc. cit.

(1) Palma, París, Tradiciones.

felicítandole por el día de su cumpleaños. El duque se apresuró á responder en el acto, dando las más expresivas gracias á sus hermanos por su cariñosa felicitación.

El famoso historiador Kinglake, dejó expresamente dispuesto en su testamento que se procediera á la cremación de su cadáver, y el jueves se llevó á efecto en Woking el acto, á presencia de unos cuantos amigos y parientes del difunto.

Antes de proceder á la cremación se celebró por el vicario el correspondiente oficio de difuntos.

El cadáver fué llevado en un féretro de mimbre, de tejido muy cerrado y cubierto de coronas enviadas por los amigos del finado.

Después de llevada á efecto la cremación, las cenizas fueron depositadas en el crematorium con objeto de proceder después al entierro de ellas.

La fúnebre ceremonia fué llevada á cabo por los Sres. Garstin é hijo, y por disposición también del difunto, tuvo carácter puramente privado y sin pompa de ninguna especie.

Confieso que estoy decidido á seguir las huellas del famoso historiador, no siendo un hombre eminente como él lo ha sido, sino haciendo enterrar mis cenizas después de que se proceda á la cremación de mi cadáver.

Bajo el patrocinio de la princesa Christiana de Schleswig-Holstein, las duquesas de Rutland, de Argail y de Claverland, con objeto de venir en ayuda de una sociedad benéfica, han organizado un nuevo juego de ajedrez representadas las piezas por personas.

El juego tendrá lugar en St. Leonard's el miércoles de la semana próxima, á las ocho de la noche, en el Royal Concert Hall, y los demás días á las tres de la tarde. Precio de entrada: una guinea!

Lord Brassey y su esposa y la familia de ésta, lady Betty, Capell, miss Forbes, miss Papillon, baron Roemer y otros, tomarán parte en el juego.

En los trajes se desplegará un lujo oriental. Todos ellos serán de la época de los Tudor.

Lord y lady Brassey se han encargado de representar el rey y la reina encarnado. Será de un lujo inusitado el traje de éstos.

Los peones encarnados los representarán los individuos más jóvenes de la familia de lord Brassey.

Una escritora famosa ha publicado en el último número de un periódico titulado *Forum*, bajo el título de «Sublevación contra el matrimonio» un artículo que ha llamado mucho la atención.

Declara en él que las molestias é injusticias del matrimonio aumentan á medida que la sociedad se desarrolla y de ahí deduce la preopinante la necesidad de dar grandes facilidades para obtener el divorcio.

No sabemos hasta qué punto las personas del sexo de la escritora estarán conformes con esta afirmación: «La mujer de nuestros días que se dá por contenta con el matrimonio, la maternidad y la vida doméstica, solamente, vá siendo tan rara como lo eran los cisnes negros en los tiempos pasados.» Y esto depende, cree la autora, del temperamento de cada mujer, cada una de las cuales busca sus distracciones ya en las artes, en la política, en la filantropía, hacer dinero ó dedicarse á amar.

En ningún caso el matrimonio es más que un episodio, más bien que el drama completo de su vida. Cuando el divorcio es fácil, la escritora piensa que las mujeres conservan su respetabilidad propia en los cambios que puedan ocurrir. La inherente constancia de la naturaleza de las mujeres es, dice ella, una de esas frases que gobiernan el mundo; pero que no es cierta y sienta su convicción de que el divorcio debe concederse por ciertas ofensas hasta hoy ignoradas: la embriaguez y la felonía. Reconoce al mismo tiempo la santidad del matrimonio y opina que debe conservarse éste, porque de lo contrario la sociedad retrogradaría; pero la cuestión necesita tomarse en consideración y someterse á nuevo arreglo.

Me parece que la escritora ha ido muy allá en lo que pide, pues si la felonía y la embriaguez en Inglaterra se declaran motivos de divorcio, pocos van á quedar exentos de él por el segundo extremo.

Por fortuna para las pobres mujeres de este país, la opinión de la escritora no prevalecerá.

Durante más de trescientos años, los hugonotes han recibido protección y asilo en la ciudad de Londres (City) bajo el amparo de la Carta dada por Eduardo VI. Esta protección se ha ido renovando por cada uno de los soberanos que han ido reinando sucesivamente en Inglaterra y ha sido costumbre de los hugonotes de la metrópoli presentarse al lord maire cuando entra en funciones, en testamento de su

conocerle como su inmediato protector.

La observación de esta interesante tradición ha tenido este año una significación especial por la circunstancia de que el lord maire actual desciende de una distinguida familia de hugonotes que vino á vivir á Inglaterra cuando tuvo lugar la revocación del edicto de Nantes.

El sábado una diputación del consistorio de la iglesia de Londres se presentó al lord mayor en Mansion House para presentarle una exposición en nombre de la comunidad que representaban.

Habló en nombre de ésta el que iba presidiendo la diputación, diciendo que habiendo sido demolida la iglesia del barrio de San Martin, se han trasladado á Soho, donde reside la mayor parte de la colonia francesa, donde se proponen construir un suntuoso templo, esperando que los lazos que por tantos años les han unido á la City, seguirían uniéndolos en lo sucesivo.

Al contestar el lord mayor manifestó que sentía que las exigencias del servicio postal le hubieran obligado á decretar la demolición de la antigua iglesia; pero confiaba que en el nuevo templo los protestantes franceses conservarían la antigua tradición protestante.

Max-O'Reil, el ingenioso autor de *John Bull y su isla*, ha leído una de estas noches ante una escogida concurrencia, bajo el título de *John Bull y Jacques Bonhomme*.

Hablando de éste, le pinta como un modesto propietario sumamente adherido á su país, su casa, sus tres acres y su vaca, y que no conoce ni aun los nombres de *pauperismo* y *Asilo de mendicidad*.

En cuanto á política, añadió el lector, Jacques Bonhomme no se le importa un ardite de ella, ni le interesa lo más mínimo; todos los gobiernos los encuentra aceptables, menos el que está en el poder, sea el que quiera. Entre las hijas de Jacques y la mayor parte de las criadas inglesas, hay una gran diferencia. Las primeras llevan su dinero á la Caja de Ahorros y las segundas emplean su salario en comprarse un sombrero nuevo de plumas y después vad, adornadas así, á retratarse á casa del fotógrafo.

Al describir á John Bull como el mayor propietario territorial del mundo, cuenta una anécdota tan ingeniosa como todas las suyas.

Se vanagloriaba un inglés, hablando con un francés, de que nunca se acostaba el sol en los dominios ingleses, á lo cual el francés le contestó: «No me extraña, el sol no puede tener confianza en la canalla y en vez de acostarse vela sobre ella.»

Concluyó diciendo para probar la tenacidad de los ingleses: «Siguiendo buenos ejemplos el John Bull de nuestros días, antes de dejar escapar, soltándola, la pelota de juego, se deja arrastrar por el suelo si no puede colgarla donde quiere.»

Se refiere en esto á que los ingleses difícilmente sueltan lo que cojen.

Ejemplos no faltan, uno de ellos, es Egipto y tantos otros.

La vida de club que en Inglaterra es tan confortable, y al mismo tiempo tan barata, es escaseivamente cara en los Estados Unidos. Raro es el club que tiene 1000 ó 1200 socios en Nueva York, por ejemplo, donde la generalidad consta de 200 á 500.

El pago de la cuota de entrada es enorme, pues se eleva generalmente á libras 60 (1500 pesetas) y la cuota mensual á libras 20. El más barato cuesta libras 40 de entrada y 10 de cuota mensual.

Comparados estos precios con el Casino de Madrid, que solo cuesta 30 rs. al mes, y ahora vá á ser en el nuevo local inmejorable, se comprende lo cara que es la vida en estos países en comparación del nuestro.

No ha podido llevarse á cabo el proyecto de dar un paseo en coche por encima del hielo en la Serpentina. Intentaron dar el paseo en un carruaje de carreras tirado por cuatro caballos, pero no ofrecía bastante seguridad la poca consistencia del hielo á pesar de sus cuatro pulgadas de profundidad. El espectáculo había atraído enorme concurrencia, cuya curiosidad se vió defraudada. Y fué lástima, porque hubiera sido digno de ver, aun cuando no ofreciera el atractivo que en 1870 ofreció un vapor español que fué arrastrado por cima del Tamesis en una especie de cajón con ruedas y tirando del mismo la tripulación.

El buque era español llevaba la bandera izada y cuando pasaba por donde había gente encima del río, que estaba completamente helado, victoreaban á los marineros.

En el río había una especie de feria y fogatas. Y sin embargo, no hizo mucho más frío que ahora, sino que no estuvo complicado con las malditas nieblas.

Estas han sido tan perjudiciales á la salud, que la semana última ha su-

bido la mortalidad á 29 por 1000, y el número de muertos por enfermedades de los órganos respiratorios, que ascendió en la semana anterior á 805, ha llegado en la que acaba de terminar á 927.

No faltan personas que están todavía en el error de suponer que el humo no influye en hacerlas mortíferas.

Para salir de dudas se ha hecho una serie de observaciones fotográficas de las nieblas grises de la noche y las del día, habiéndose evidenciado que las nieblas del día son las peores, y las que ennegrecen el aire de la capital por el humo que produce el carbón al encenderse, el azufre y otros productos combustibles.

En los tres meses de diciembre, enero y febrero del pasado año, Hammersmith, necesitó durante 16 horas y media tener encendida luz artificial; Flomerton, 115 horas, es decir, catorce días enteros. Los que más sufren con las nieblas son los fotógrafos.

No hay dicha completa en el mundo. Cuando el general Booth había llegado á reunir 93 libras esterlinas de las 100.000 que ha pedido al pueblo inglés para acometer las reformas que en su juicio son necesarias para resolver la cuestión social y el pavoroso problema del pauperismo, origen de las huelgas y otros trastornos, ha surgido en su campo una lamentable escisión que amenaza ser de gran trascendencia.

Mr. Smith, sus pies y sus manos, se separa del general y no dice por qué. Se supone que no hay conformidad en algunos detalles del plan que iba á llevarse á cabo.

No parece posible una reconciliación, aunque se intenta.

No parece sino que la cizaña tiene el triste privilegio de introducirse en todos los campos!

B. DE OYA.

Londres, 4 de enero de 1891

MOSAICO MADRILEÑO

Semana triste: Valero.—Alonso Martínez: recuerdo de gratitud.—La tragedia del Escorial.—Un bienhechor de la humanidad.

Semana de tristezas es indudablemente la que acaba de terminar y crónica que las refleje tiene que ser por necesidad la de este número.

La primera nota triste procedía de Barcelona y vino en alas del telégrafo, comunicando el fallecimiento del ilustre decano de los actores españoles D. José Valero. Su muerte no era seguramente inesperada: los años y los infatigables se habían unido para combatir la robusta naturaleza del actor; muchos y muy amargos desengaños habían concurrido á aquella empresa destructora hasta el extremo de que hace aun muy pocos días, cuando sus amigos de la Sociedad de Escritores y Artistas acordáramos enviarle un exiguo socorro, decía el ilustre poeta que apoyaba la concesión:

—Será el último desgraciadamente. El anuncio fué profético.

Valero escribía á la Sociedad agradeciendo su fraternal socorro en 6 del mes corriente, y en 12 había dejado de existir.

Tristes, tristísimos han debido ser los últimos instantes de aquella gloriosa y larga existencia, negro ocaso de brillantísimo día; en lucha el pobre anciano con las dificultades materiales que le ofrecían insuperable obstáculo para sus rancias y arraigadas costumbres de caridad y de largueza, y recordando los periodos en que fué rico, en que fué feliz y en que le sonrieron todas las satisfacciones terrenas; las nubes que más tarde empañaron su ventura; los desencantos con que fué tropezando; los breves paréntesis de felicidad que le concedían todos los públicos con sus aplausos; la decadencia del arte dramático, objeto de todos sus afanes, y juntamente con estos sentimientos la soledad y el abandono en que va quedando todo el que logra dilatada existencia y recuerda la incesante desaparición de hijos, compañeros, amigos y aun émulos.

Valero, en 6 del mes corriente, solicitaba que se le diera una humilde plaza en la Escuela Nacional de Música y Declamación, para luchar contra la miseria durante los últimos días de su vida: muchos años antes había tenido un nombramiento en dicha Escuela; pero los políticos que se lo dieron olvidaron un detalle curioso: el de consignarle sueldo en presupuestos. De esta suerte, el autor ilustre que pedía el cargo para comer, resultaba prestando gratuitamente sus enseñanzas. Y como Valero necesitaba ante todo elementos materiales para la vida, marchó de nuevo á las repúblicas americanas, teatro de los grandes triunfos de su juventud y tuvo que dirigir compañías que abiertamente pugaban con sus tradiciones artísticas.

El actor ilustre descansaba ya, sin dejar herederos de su escena, como todos cuantos tienen personalidad saliente y propia. La moderna generación le conoce muy poco; pero su recuerdo vivirá constantemente con los ancianos y con los que caminan á ser-

lo. Todos estos echarán de menos con la ausencia de Valero, aquellas viriles energías de acento y de expresión con que prestó vida al teatro romántico; aquellas aptitudes de tan frecuente aplicación en la tragedia y en el alto drama, aquellas facilidades de adaptación á los personajes más opuestos que supo crear; los tipos de anciano con que nos hizo llorar tantas veces y la facilidad con que, abandonando los arranques trágicos, causaba nuestro regocijo en *Retascon*, *El maestro de escuela* y otras piezas cómicas.

Tuvo Valero, sobre todo y ante todo, condiciones especialísimas de director de escena, y en este carácter quedará siempre brillante memoria de cómo supo poner en escena el drama *Baltasar*, en el que los últimos comparsas resultaban verdaderos artistas.

Valero sabía sentir todos los tientos afectos, lo mismo en el teatro que fuera de él, y su amistad fué cariñosísima y consecuente para mí.

Contra lo que generalmente ocurre en el mundo del teatro, al estrecharme la mano el eminente artista, jamás supuse que pudiera estar representándome, como muchos otros, una comedia: la comedia de la amistad.

Otra de las pérdidas que registra la semana es la del ilustre hombre público D. Manuel Alonso Martínez, último presidente del Congreso de los diputados y primero de la Junta Central del Censo, que deja unido su nombre á numerosas y trascendentales reformas legislativas y que durante su larga carrera política pudo tener numerosos adversarios, pero no tuvo un solo enemigo. Toda la prensa ha recordado, con ocasión de su muerte, los muchos y leales servicios que prestó á su patria, su inteligente y activa intervención en la vida parlamentaria de España, sus triunfos en el foro, sus notabilísimos estudios en las academias. Todo cuanto aquí pudiera yo decir, sería, por lo tanto, pálida repetición de lo que ya se ha dicho y noticia tardía de lo que por todos es sabido. Pero si nada puedo ni debo decir de la vida pública del Sr. Alonso Martínez, tengo que pagar una deuda personalísima de gratitud á la buena memoria del mismo, señalando la influencia esencial que ha ejercido en mi vida.

Hace veintisiete ó veintiocho años que llevaba otros nueve ó diez de prestar mis servicios en el Tribunal de Cuentas del Reino, con tres y cuatro mil reales de sueldo anual; nueve ó diez años entrando automáticamente en aquellas oficinas á las diez de la mañana para consagrar seis horas diarias á sumar nóminas de clases pasivas y confrontarlas con sus fé de vida. Aquello podría ser pan escaso; pero era también la muerte en la vida; la atrofia del cerebro; la reducción de los confines del mundo á las vetustas tapias de la hoy derruida *Casa del Platero*; algo como el tormento del emparejamiento ó la sentencia á permanecer en las antiguas galerías del rey.

De haber existido en aquel tiempo el viaducto, habría sido posible que hubiera optado por él, en vez de seguir sumando nóminas; pero como el viaducto no existía, en lugar de lanzarme por él me lancé á escribir versos, contra algunas amistades, gracias á los mismos, y hasta colaboré en varios trabajos con algún ingenio tan claro como el del malogrado Rafael Tejada, sobrino carnal de D. Manuel Alonso Martínez.

Este, impulsado por su virtuosa hermana, madre del joven poeta y por su esposa y hoy inconsolable viuda, me arrancó de la suma de las nóminas, como se arranca á un desgraciado de un gran riesgo, lanzándome á nueva vida, indudablemente más aventurera, más llena de peligros, con larguísima paréntesis administrativas, con alternativas de fortuna, consagrado á incesante labor literaria; pero vida al cabo, que pudo haberme llevado á la notoriedad, de haber tenido ingenio para ello, que pudo haberme dado fortuna material, de protegerme la suerte para lograrla.

Por entonces quise mostrar mi gratitud á quien tan alto beneficio me había dispensado, y al frente de un libro de versos apareció una modestísima dedicatoria al Sr. Alonso Martínez: hoy, transcurridos cerca de treinta años, quiero recordar de nuevo la protección que me dispensó aquel ilustre hombre público.

¿Qué esto no interesa al lector? Así lo creo; pero que necesitaba decirlo, es evidente.

Podrá exigirse que el escritor no haga ostentación de agravios que reciba, de pretericiones de que pueda ser objeto; pero dentro del eterno código de la moral, siempre será lícito proclamar los beneficios recibidos.

Y esto es precisamente lo que al lado del sepulcro del Sr. Alonso Martínez tenía el deber de declarar el humilde escritor que firma estos párrafos.

Los grandes arcanos del universo, por el P. Tillman Pesck, de la Compañía de Jesús.

Acaba de publicarse el cuaderno séptimo de esta grandiosa obra de filosofía de la naturaleza. En el continúa el tratado de las causas finales, que el autor pone de manifiesto hasta en los seres inorgánicos.

España enriquecida en la Europa. Empecé, por Juan Gomez Menas. Madrid, 1890.

Folleto de carácter económico-político en el que se examinan las nuevas tendencias de los Estados Unidos, con cuyo país, según el autor, debe estrechar España sus relaciones, desligándose por ahora todo lo posible de las de Europa.

Estudios de Terapéutica hidroclógica. Las enfermedades crónicas de la infancia y su tratamiento hidro-mineral, por el doctor D. H. Rodríguez Pinilla. Madrid, 1890.

Esta monografía, leída en sesión científica de la Sociedad Española de Hidrología Médica, el 20 de noviembre último, acredita á su distinguido autor y plantea un estudio por demás interesante dentro de la ciencia moderna.

En vista del favor que el público ha dispensado á la obra escrita por nuestro querido compañero en la prensa, Sr. Higuera, *Ofensas y desafíos*, su autor se ve en la necesidad de hacer en breva una segunda edición, toda vez que la primera está á punto de agotarse.

Ya dijimos en su día que el libro era tan interesante como necesario.

La Tierra, bosquejos de la vida rural, por D. Juan Benjancin.—Ciudadela, 1891.

Es el primer libro que hasta nosotros llega con la fecha del año en que hemos entrado, y es de desear que le sigan muchos análogos. Careciendo tal vez de grandes condiciones literarias, tiene algo que grandes condiciones morales, tiene algo que grandes condiciones sociales, está agotándose la edición del año 1891, por su notable callejero que facilita extraordinariamente los datos para las elecciones próximas.

Hemos recibido un ejemplar de la obra *Cálculos mercantiles: operaciones de Banca y Bolsa, sistemas monetarios y valores públicos de las principales naciones del globo y arbitrajes*, por D. José Cardenal, hijo del conocido comerciante del mismo apellido.

Este utilísimo libro es un buen consultor para el hombre de negocios en general y para el comercio en particular, siendo necesario su estudio para formar buenos dependientes.

Su autor, que es oficial de nuestro ejército, puede estar satisfecho de su trabajo, que indudablemente ha de reportarle muchos beneficios.

La Verdadera guía de Madrid, que lleva cinco años de existencia y que cada año se vende más por su utilidad para todas las clases sociales, está agotándose la edición del año 1891, por su notable callejero que facilita extraordinariamente los datos para las elecciones próximas.

Dos pasiones.—Poema original de don Guillermo Luis de Conde. Madrid, 1890. Composición en que describe el autor algunas costumbres de los habitantes del archipiélago filipino.

tivo industrial Sr. D. Matias Lopez, y, finalmente, sería injusto pasar en silencio la muerte de otro industrial madrileño que, ganando crecidísimas sumas con su trabajo, vivía casi como un mendigo, pero que todos los días repartía abundante comida á más de sesenta familias y tenía activos auxiliares que buscaban á la verdadera pobreza en las guardillas y casas de vecindad para llevarla alimentos, vestidos y otros auxilios.

Me refiero al justamente acreditado profesor dentista Sr. Nogués, muerto aun muy joven y casi repentinamente. La caridad fué el constante objetivo de su vida y el dinero que entraba, en el gabinete de su casa, era exclusivamente de los pobres, habiéndose dado el caso de tomar fondos á préstamo para adelantar á la caridad los productos de su futuro trabajo. Era en él una monomanía; pero una monomanía humana y hermosísima, que ha libertado de la miseria y de la muerte á infinitas familias y con la habrá rescatado todas las faltas que como hombre haya podido cometer en su tránsito por la tierra.

Tales han sido los sucesos más culminantes de la semana; esperemos que en la próxima habrá otros más halagüeños que consignar y que no será preciso, como hoy, convertir esta cuarta plana del *Suplemento literario* en repetición ampliada de la cuarta plana de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

El arte al final del siglo.—He aquí el título de la obra escrita por el distinguido redactor de *La Epoca* D. Luis Alfonso y que se dispone á publicar con inusitado lujo «La España editorial.» De esta obra se hará una edición especial de trescientos ejemplares para los bibliófilos. Llevará un prólogo del insigne crítico D. Federico Balari y, dada la competencia del señor Alfonso en materias críticas, no es dudoso que la obra alcanzará el éxito más completo.

Se ha publicado el Anuario administrativo para 1891, que redacta todos los años el ilustrado inspector de Hacienda D. Cirilo Alonso Tobos.

Este utilísimo libro es un verdadero compendio del derecho administrativo vigente en España, y una perfecta guía del empleado, del militar, del industrial, y del comerciante, así como el consultor más fácil para todos los que necesitan mantener relaciones con el Estado.

Forma un elegante volumen de 304 páginas en 8.º común y se halla esmeradamente encuadernado.

Los grandes arcanos del universo, por el P. Tillman Pesck, de la Compañía de Jesús.

Acaba de publicarse el cuaderno séptimo de esta grandiosa obra de filosofía de la naturaleza. En el continúa el tratado de las causas finales, que el autor pone de manifiesto hasta en los seres inorgánicos.

España enriquecida en la Europa. Empecé, por Juan Gomez Menas. Madrid, 1890.

Folleto de carácter económico-político en el que se examinan las nuevas tendencias de los Estados Unidos, con cuyo país, según el autor, debe estrechar España sus relaciones, desligándose por ahora todo lo posible de las de Europa.

Estudios de Terapéutica hidroclógica. Las enfermedades crónicas de la infancia y su tratamiento hidro-mineral, por el doctor D. H. Rodríguez Pinilla. Madrid, 1890.

Esta monografía, leída en sesión científica de la Sociedad Española de Hidrología Médica, el 20 de noviembre último, acredita á su distinguido autor y plantea un estudio por demás interesante dentro de la ciencia moderna.

En vista del favor que el público ha dispensado á la obra escrita por nuestro querido compañero en la prensa, Sr. Higuera, *Ofensas y desafíos*, su autor se ve en la necesidad de hacer en breva una segunda edición, toda vez que la primera está á punto de agotarse.

Ya dijimos en su día que el libro era tan interesante como necesario.

La Tierra, bosquejos de la vida rural, por D. Juan Benjancin.—Ciudadela, 1891.

Es el primer libro que hasta nosotros llega con la fecha del año en que hemos entrado, y es de desear que le sigan muchos análogos. Careciendo tal vez de grandes condiciones literarias, tiene algo que grandes condiciones morales, tiene algo que grandes condiciones sociales, está agotándose la edición del año 1891, por su notable callejero que facilita extraordinariamente los datos para las elecciones próximas.

Hemos recibido un ejemplar de la obra *Cálculos mercantiles: operaciones de Banca y Bolsa, sistemas monetarios y valores públicos de las principales naciones del globo y arbitrajes*, por D. José Cardenal, hijo del conocido comerciante del mismo apellido.

Este utilísimo libro es un buen consultor para el hombre de negocios en general y para el comercio en particular, siendo necesario su estudio para formar buenos dependientes.

Su autor, que es oficial de nuestro ejército, puede estar satisfecho de su trabajo, que indudablemente ha de reportarle muchos beneficios.

La Verdadera guía de Madrid, que lleva cinco años de existencia y que cada año se vende más por su utilidad para todas las clases sociales, está agotándose la edición del año 1891, por su notable callejero que facilita extraordinariamente los datos para las elecciones próximas.

Dos pasiones.—Poema original de don Guillermo Luis de Conde. Madrid, 1890. Composición en que describe el autor algunas costumbres de los habitantes del archipiélago filipino.